
4-30-2011

Diáspora

María Eugenia Caseiro

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Caseiro, María Eugenia. 2011. Diáspora. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 12.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.5>

Available at: <https://digitalcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/7>

This POESÍA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Digital Commons @ University of South Florida. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Digital Commons @ University of South Florida. For more information, please contact digitalcommons@usf.edu.

NayvÍ Hernández

Ya no puedo ser poeta

Llevo meses sin poder escribir
 Y una eternidad en las tinieblas
 Abuelo, te extraño demasiado
 Imito la profunda necesidad
 de expresar mis sentimientos
 No sé dónde está Pentesilea...
 El callejón de los gatos vuelve a aparecer
 en mi memoria

Mis ideas no tienen dueño
 ¿Acaso soy la mujer que más admiras?
 Duermo para poder olvidar
 Amapolas negras, cuchillos, gritos, tinieblas,
 ya se acercan las oscuras golondrinas
 Neruda: sucede que también me canso
 de ser hombre... ¿y ahora qué?
 Verdades, verdades, verdades, mentiras
 Ya no puedo ser poeta.



José Murani, *Paintings 1*

María Eugenia Caseiro

Diáspora

Y continúa la marcha
 siempre la misma marcha
 que nos trae una ciudad desconocida.
 Esa ciudad distinta que no nos reconoce
 a pesar de haberla elevado alguna vez
 al asta de los sueños con los ojos abiertos
 a su tenaz insinuación de bandera novedosa.
 A pesar de haberla recorrido
 con la antena parabólica del pensamiento
 por ese deseo de perdersnos,
 de encontrarnos, a través de la distancia...
 ciudad que hoy nos disfraza
 de fantasmas extranjeros.

Pero hay sin embargo otros fantasmas
 que como la ciudad
 padecieron nuestra búsqueda
 y ahora padecen esa ausencia nuestra
 y el dolor de haber quedado atrás,
 jauría del pesar que nos persigue.
 La marcha, esa marcha que continuamente
 nos obliga,
 que continuamente nos hace parir
 piernas y pies,

echarlos a la carrera, a este viaje de no ser
 que no se acaba nunca y reproduce el paso
 a veces lentamente como si el camino fuera
 un pantano, un arsenal de espinas
 o una línea absurda.
 El hombre es también un animal absurdo
 que busca salirse de la raya de lo absurdo
 y el absurdo le espera recostado a su cadáver
 en el andén del tiempo en cada ciudad distinta,
 en cada paso que da para morir,
 y siempre muere,
 aunque sea ese morir nacer de nuevo
 a lo desconocido.

La marcha, esa marcha itinerante
 a veces con tal velocidad
 que cruje el vacío a nuestros pies
 y se incorpora
 de manera brutalmente cierta en cada paso,
 explota en esa geografía
 que aún nos desconoce.